

RETÓRICA CRISTIANA

ADAPTADA PARA EL USO DE DISERTAR Y PREDICAR LLEVANDO
INSERTOS EN SU SITIO EJEMPLOS DE AMBAS FACULTADES.
ÉSTOS SON EXTRAÍDOS SOBRE TODO DE LAS HISTORIAS DE
LOS INDIOS. DE DONDE, ADEMÁS DE LA DOCTRINA, SE
OBTENDRÁ UNA SUMA DELECTACIÓN.

SU AUTOR

EL MUY REVERENDO PADRE FRAY DIEGO VALADÉS, ANTIGUO
PROCURADOR GENERAL DE TODA LA ORDEN DE FRAILES
MENORES DE REGULAR OBSERVANCIA.

EN LA CURIA ROMANA.

EN EL AÑO DEL SEÑOR 1579

CON LICENCIA DE LOS SUPERIORES

DEDICADA AL
SANTÍSIMO PADRE GREGORIO XIII
EL AÑO DEL SEÑOR 1579

RETÓRICA CRISTIANA

ADAPTADA PARA EL USO DE DISERTAR Y PREDICAR
LLEVANDO INSERTOS EN SU SITIO EJEMPLOS
DE AMBAS FACULTADES.

ÉSTOS SON EXTRAÍDOS SOBRE TODO
de las historias de los indios. De donde,
además de la doctrina, se obtendrá
una suma delectación.

SU AUTOR

*el Muy Reverendo Padre Fray Diego Valadés, antiguo
Procurador General de toda la Orden de Frailes Menores
de Regular Observancia.*

PRIMERA PARTE

I. DE LA DEFINICIÓN Y PROPIEDADES DEL ORADOR, DE ACUERDO CON EL SENTIR DE LOS ANTIGUOS

CUANDO, con el favor de Dios, iba a transmitir los preceptos de la retórica, pensé que daría valor a mi obra si trataba muy brevemente la definición y alguna formación previa del orador cristiano, esto es, del predicador evangélico, tanto para que no se creyera que, omitido el inicio (que es la parte más importante de cualquier cosa) y, por así decir, con las manos sucias, abordaba de inmediato la materia de mi tratado, como porque considero que de aquí una utilidad muy grande se desbordará sobre los lectores, pues de ese modo más gustosamente se acercarán a la lectura de la materia propuesta, y tendrán, para su comprensión, una gran ventana abierta.

Y (para empezar por los más cultos) así es definido el orador por Marco Catón: varón bueno, hábil para hablar; definición que abrazaron Cicerón y Quintiliano, maestros óptimos de elocuencia.

Dos cosas, pues, exigen del orador, a saber, que sea

{ varón bueno, y
 { hábil para hablar

Y lo primero, que sea varón bueno, parece que así lo imaginó Virgilio:

Y si acaso a algún varón en piedad y méritos grave
 miraron, callan y, atentos los oídos, se quedan.

Nada, en efecto, es tan inhumano como convertir en azote y destrucción de los buenos la elocuencia dada por la naturaleza para la salvación y preservación; nada más pernicioso para las cosas públicas y privadas que la elocuencia que dispone a la maldad. Con ésta, en efecto, se pervierten las urbes, se destruyen las vidas de los hombres, se infligen detrimentos, calamidades, desastres y mortíferos golpes a las más grandes ciudades y Estados, mientras juzgamos que lo que se dice en forma disertada se dice también con apego a la verdad; de la misma manera que, por el contrario, juzgamos que nada es más laudable o más eficaz que la elocuencia que se adorna con la bondad, que ha organizado a muchas urbes, extinguido muchísimas guerras, engendrado firmísimas alianzas, santísimas amistades, muchísimas buenas relaciones y, a menudo, los más grandes afectos; y ella mantiene los ornamentos de la paz: para omitir, entre tanto, los frutos menores, que sería infinito enumerar.

El ornamento máximo de un Estado —dice Platón— es la elocuencia de los filósofos. Por lo cual, rectamente confiesa Cicerón que, después de una reflexión diuturna, impulsándolo la razón, se dejó conducir especialmente a esta sentencia: “la elocuencia sin sabiduría perjudica demasiado las más de las veces; nunca aprovecha”; y de aquí infiere: “Si alguien, omitidos los rectísimos y honestísimos estudios de la razón [filosóficos] y del deber, consume todo su esfuerzo en la ejercitación oratoria, ése se cría como un ciudadano inútil para sí mismo, pernicioso para la patria. Pero el que se arma con la elocuencia de tal manera que puede, no atacar los intereses de la patria, sino por ellos luchar, me parece que ese varón será, tanto para sus intereses como para los públicos, un ciudadano muy útil y muy bienhechor”.

Esto ha sido egregiamente señalado por el proverbio pitagórico: “No pongas el alimento en el orinal”, con el cual aconsejaban que debemos observar una y otra vez a qué clase de alma le dirigimos el discurso, pues el discurso es alimento del alma. Tal alimento se corrompe y se pudre si cae en un alma viciada.

Y espero que estas cosas que he presentado, de acuerdo con la opinión de los antiguos, acerca de la primera y al mismo tiempo más relevante propiedad del orador, satisfagan al amable lector.

Tenemos, pues, lo de “varón bueno”; síguese que investiguemos lo de “hábil para hablar”, que es lo segundo. Después de los versos que antes presenté, Virgilio lo describe con estas palabras:

Él rige con dichos los ánimos y los pechos suaviza.

En efecto, dado que son tres las artes que giran en torno al discurso como se tratará muy claramente en lo que sigue, la gramática es la ciencia del lenguaje correcto y de la escritura correcta; la dialéctica debe considerarse como una elocuencia concisa y compacta; la retórica es tenida como la elocuencia normal y casi como una dialéctica dilatada. Por lo cual, a esta su sustancia se ajusta la definición: la retórica es la ciencia del bien decir.

Y así como el filósofo sumo Platón conoció una doble retórica: la filosófica, para impulsar a los hombres al bien conocido a los filósofos, esto es, a las virtudes morales, y la adulatoria, vil y abyecta, para que los pueblos fueran engatusados y engañados con lisonjas; así, séanos permitido a nosotros los cristianos transmitir, no la adulatoria ni solamente la filosófica, sino la retórica eclesiástica, la cual no puede contener nada que no apruebe la Iglesia, esposa de Cristo y maestra de la verdad.

Es, pues, la retórica cristiana el arte de encontrar, tratar y disponer todo lo que pertenece a la salvación de las almas; lo cual lo conseguirá el orador cristiano enseñando, conmoviendo y conciliándose al auditorio. Por eso, los que nos dejaron algunos preceptos de esta materia afirman muy bien que el oficio de esta facultad oratoria consiste en hablar de manera apropiada para persuadir; lo cual, aunque habrá de quedar suficientemente manifiesto con la definición del arte mismo y con otras cosas que después diremos acerca de su oficio, de su finalidad, de su materia, de sus partes, aquí lo aceptamos como concedido. Mas para que nadie desprecie este asunto por poco útil, o se ría de él por insignificante, o lo rechace por superfluo, en pocas palabras expondremos su uso.

Vemos, pues, que en las cosas que fueron producidas por la naturaleza, cuanto más sobresaliente tienen su naturaleza, tanto más se acercan a esta virtud; pues algunas carecen completamente de voz y de sonido; algunas tienen sonido, algunas también la voz. Y, ciertamente, el Dios soberano, padre de las cosas y creador del mundo, con ninguna otra cosa distinguió al hombre de los demás seres animados que son mortales, que con la facultad de hablar. Vemos, en efecto, que los cuerpos, más eficaces en los seres mudos por su magnitud, por sus fuerzas, por su firmeza, por su resistencia, por su velocidad, necesitan menos de la ayuda recibida desde fuera. Nos dio, pues, una razón principal y quiso que de ella fuéramos partícipes junto con los ángeles. Pero la razón misma ni nos ayudaría tanto ni sería en nosotros tan manifiesta si lo que concebimos con la mente no pudiéramos exteriorizarlo mediante la palabra. En efecto, a los hombres a los que les fue negada la voz ¡cuán poco les ayuda su alma celeste!

Queda, pues, que, si nada mejor que la razón recibimos de Dios, nada es más digno de cultivo y de esfuerzo, nada más deseable que superar a los hombres en aquello en que los hombres mismos superan a las bestias.

Y por cierto los antiguos hablan brillantemente de este asunto cuando exigen en el perfecto orador (así, en efecto, lo llaman), no sólo una facultad eximia

para hablar, sino también todas las virtudes del alma. En efecto, no pocos frutos tienen la facilidad y el talento oratorios, si se gobiernan con recta inteligencia y definido equilibrio del alma. Y así, quieren que el orador sea tal que pueda de verdad ser llamado sabio, o sea, perfecto en todas sus costumbres. Pero si ordenas que por ellos sea citado uno solo de esa índole, vergonzosamente se ven forzados a confesar que jamás hubo alguno.

II. DE LAS PROPIEDADES DEL ORADOR CRISTIANO

INSTIGÁNDOLOS la verdad, aunque no conocían la verdadera, esto es, la suprema sabiduría que descende del padre de las luces, se vieron forzados a confesar, cuantos transmitieron preceptos de elocuencia, que el varón malo es un orador no sólo funesto sino también destructivo.

Y así, mucho más debemos pensar eso mismo nosotros, que somos hijos y ministros de esta sabiduría. Mas hubiéramos podido nosotros aducir realmente muchísimos ejemplos de oradores (cuales aquéllos los imaginaron) que podían disertar acerca de cualquier asunto con más vigor y con mayor fuerza de palabra que Cicerón y Demóstenes, de los cuales afirman que estuvieron en el pináculo de la elocuencia.

Mas fueron brillantes por una probidad de vida y de costumbres en la misma medida en que jamás pudo venirles a la mente ni siquiera a través de la niebla. En efecto, en tantos volúmenes sinuosos escritos acerca del arte del bien decir, nunca dijeron ni siquiera una bagatela acerca de la verdadera piedad. Por lo cual, queriendo o no queriendo, se vieron forzados a confesar que no hubo (es lo que más creo) ningún verdadero orador o que lo hubo rara vez. De esto presentan casualmente aquella causa no sosa. Pues dicen que es conveniente persuadir al orador en todo género de sabiduría, para que lo que aprendió de otros lo profiera con esplendor oratorio: tanto que el que oye a un verdadero orador considera saber y entender más que los demás.

En efecto, obtiene la facundia del bien decir aquel que despliega el interior de su corazón por los estudios de la vida recta. Y no es un impedimento para que hable la conciencia el hecho de que la vida anteceda a la lengua; cosa que ciertamente no podrá hacer, si no se ilustra con diversos títulos de sabiduría y de ciencia. En efecto, ¿cómo persuadirá en las letras sagradas el que nunca las ha leído? ¿O cómo en las naturales el que no ha visto las de Aristóteles? ¿De qué modo perorará sobre la ética o sobre el derecho civil el que de estas ciencias, no voy a decir que está carente, sino que no conoce ni los principios?

Por este motivo, Cicerón deja de sorprenderse de que haya habido muy pocos oradores, dado que es conveniente que ellos conozcan o todas las cosas o muchas, y es muy difícil que los hombres lo abarquen todo. Por ello, Agustín, eximio doctor de todas las iglesias, dice que un sabio afirmó que es necesario que el orador no sólo deleite sino también enseñe, y que persuada no sólo para conmover sino también para convencer. "Leímos —dice Jerónimo— que de los últimos confines de España y de la Galia vinieron algunos nobles a Tito Livio

(que destilaba límpida agua de elocuencia), y a quienes Roma no había atraído a la contemplación de sí misma, la fama de uno solo los atrajo.”

Consta, pues, que todas estas cosas se adquieren, no en las desnudas hojas de las palabras, sino con múltiple sabiduría. Y este oficio nadie puede practicarlo con rectitud, salvo aquellos que, conociendo a Cristo Dios, ayudados por el espíritu divino explican elocuentemente su muy verdadera religión; y sólo pueden en justicia ser llamados elocuentes los que juzgaron necedad la sabiduría de este mundo, la cual se apoya en sus fuerzas propias e ideadas por la industria humana; y no cede ante verdad alguna sino ante aquella que los hombres confían poder demostrar con razonamientos silogísticos; como puede verse en la presente ilustración:



1. Siendo único el mundo, cuya existencia se mantiene gracias a dos virtudes, a saber, el movimiento y el reposo, es necedad esperar en aquel que, según su naturaleza, no puede ser mayor o menor, y no elevar la mente hasta

su supremo motor y causa de su existencia, o sea Dios, en quien nos movemos y somos.

2. Pongamos que los filósofos supieron muchas cosas: ¿de qué les sirvió su ciencia, puesto que se hallaba lejos del temor del verdadero Dios? Más aún, se envanecieron en sus pensamientos y su corazón se hizo necio. Porque no es el conocimiento lo que hace la sabiduría, sino el temor que conmueve. Es mejor, sin duda, un humilde campesino que sirve a Dios, que un filósofo soberbio que, sin tenerlo en cuenta, considera el curso del cielo, la magnitud, la sustancia, el movimiento, la naturaleza y fijación de las estrellas; su contemplación no carece de calígine porque su ciencia no tiene el amor y la gracia de Dios; y así, está envuelto por redes porque sólo atiende a la vida presente y no prevé las cosas futuras.

3. Que escudriñen los sabios de este mundo, investiguen la altura del cielo, la anchura de la tierra, la profundidad del mar, que diserten acerca de cada dimensión, que traten de todas las cosas; que siempre aprendan o enseñen: ¿y qué obtendrán de esta ocupación sino trabajo y dolor y aflicción de su espíritu? En efecto, son varios los estudios y diversos los ejercicios de los hombres; por ello, tienen a la mano los variados instrumentos adecuados. Sin embargo, el único fin y también el efecto de todos ellos son la pena y la aflicción del espíritu. Desfallecen, pues, cuando escudriñan con atención; durante días y noches sus ojos no toman el sueño; y cuanto más trabajan para hacer descubrimientos, tanto menos descubren. Su prosperidad y su pensamiento aparecen y desaparecen como una flor, y huyen como una sombra.

4. Pronto pasa la gloria del mundo. Y como poco se preocupan de esto en su vana ciencia, y como pusieron su esperanza en las criaturas antes que en Dios, pronto perecieron. Son míseros si, dondequiera que se encuentren y adondequiera que se dirijan, no se vuelven a Dios Óptimo Máximo. Además del mundo y de su concupiscencia, nada encuentran.

Veamos, pues, también nosotros de qué condiciones y propiedades conviene que el orador cristiano esté especialmente dotado. Y por cierto a mí, que pensé durante mucho tiempo, la verdad misma me condujo especialmente a esta sentencia: que es necesario que aquél no sólo esté armado de la plena y perfecta elocuencia, sino que también esté ampliamente equipado y adornado con todo género de virtudes. Y en verdad esa sentencia no es mía, sino que fue proferida por Cristo nuestro Salvador; pues “el que practicare —dice— y al mismo tiempo enseñare, ése será llamado grande en el reino de los cielos”.

Con estas palabras armonizan las de San Pablo: “Los presbíteros que presiden bien, sean tenidos dignos de doble honor, especialmente los que trabajan en la predicación y enseñanza”; y Daniel dice: “Los que fueren doctos brillarán como el esplendor del firmamento, y los que instruyen a muchos en la justicia brillarán como estrellas por toda la eternidad”. En efecto, por este motivo el Señor los llama “sal de la tierra”, “luz del mundo”, “lámpara sobre el candelero”, “ciudad puesta sobre un monte” y “pastores”. Y esto último, que denota muy adecuadamente el oficio de predicador, Cristo mismo se lo aplicó cuando dijo: “Yo soy el buen pastor”.

RETÓRICA CRISTIANA

CUARTA PARTE

CONTIENE LOS GÉNEROS DE CAUSAS, EL OFICIO del orador y una [disertación] abundante sobre los [géneros] de los astros entre los indios. Y también los ritos de éstos, con los cuales se explica cuanto es nuevo en el ámbito de la tierra

I. SOBRE LOS TRES GÉNEROS DE CAUSAS

UNA VEZ que se ha comentado con abundancia qué es la retórica y cuáles son sus partes y divisiones, procede que se efectúe una disertación sobre los tres géneros de causas. Éstos son:

- { El demostrativo,
- { El deliberativo y
- { El judicial.

El género demostrativo es el que se produce en alabanza o vituperio de alguna determinada persona, lugar u objeto. De este género es la Segunda Carta de Pablo a los Corintios, en la cual los consuela; porque, así como en la Primera había exacerbado los ánimos de algunos con la explicación de sus errores, así aquí los alaba una vez que han seguido la penitencia, y consuela las mentes afligidas, inculcando luego estas sentencias a las cuales le parece que pueden referirse. Y muchos otros [temas] expresó en este escrito; son éstos: que Dios es libertador y consolador de los suyos; que la letra mata, pero el espíritu vivifica; que Dios a menudo realiza grandes cosas por medio de vasijas humildes y moldeadas en barro; que aquí estamos desterrados, a fin de obtener una residencia eterna en el cielo; que la tristeza que es según Dios, no carece de consuelo; y otras cosas semejantes que el diligente lector captará insertas aquí y allá a lo largo del discurso.

Es género deliberativo el que como una decisión tiene puesta en sí la persuasión o la disuasión. Su objeto entre los cristianos sinceros es la exhortación hacia la virtud. Por ello, el pueblo que debe ser amonestado, con utilidad todo lo prueba y mide, según puede deducirse también de la Segunda Carta a los Corintios. Pues es apologética, o sea defensiva, ya que en ella, en contra de los seudoapóstoles, refuta las falsas recriminaciones y [se defiende] a sí mismo y [defiende] su propia doctrina, así como a los corintios, pues en utilidad de ellos redundaba todo lo que había sido dicho y hecho.

El género judicial tiene dentro de sí la acusación y la defensa; su finalidad está contenida en la cuestión de los justos y los injustos. De este género es la Epístola de Pablo a los Hebreos. Porque toda ella se desenvuelve en el debate.

El Apóstol intenta principalmente confirmar a los hebreos en la pureza de la fe cristiana, y arrancarlos plenamente de las observancias legales en cuyos lazos todavía se veían retenidos, por medio de la confrontación o comparación de Cristo con los ángeles, con Moisés, Aarón y demás patriarcas y profetas a quienes ellos ostentaban como autores de su ley. Luego, a la sombra de la verdad evangélica y de la eficacia de la fe, tanto de la ley como de las ceremonias.

Los géneros de causas se distinguen fácilmente una vez que se ha conocido la naturaleza, el género y todo el tema de que se trata. Porque a veces festejamos los sucesos faustos de alguien con quien tenemos trato, o procuramos ligar algunas personas a nosotros con palabras amables y blandas; y esto es propio del género demostrativo, el cual por otra parte, en su sentido más relevante es llamado laudatorio; pues lo usamos en la alabanza de los hombres santos, de los templos, edificios, lugares, provincias, artes, ciencias, y de las demás cosas inanimadas.

En este género comenzamos a partir del afecto o la obligación. Como cuando llega a una ciudad un virrey o prelado o príncipe, pues les tenemos afecto; o como en los encomios de la jurisprudencia, de la teología o de la matemática, pues somos cautivados por el estudio de ellas. De parte de los oyentes, mostrando la ventaja o desventaja que puede derivar para ellos. Esto es necesario demostrarlo, o a partir de las cosas mismas o de las cercanas; y debe ser sacado de las conexas con el asunto; y en este punto, si la cosa es útil, se la propone para ser abrazada; si es inútil, se la aleja, o se aparta de ella desbordando y amplificando todo de la manera que se ha dicho.

En esta causa no hay lugar alguno para la narración, según enseñan Aristóteles y Quintiliano. Porque se parte de alguna proposición universal, y la sigue la continuación de la explicación misma, narrando los dichos o hechos memorables de la persona a la cual exaltamos, o la naturaleza rara y admirable de las cosas inanimadas. La alabanza de este género, según lo anterior, puede asumirse principalmente en tres etapas. En la segunda etapa es en la que vivió. En la tercera es en la que alcanzó la muerte. Pero en la primera etapa se consideran su patria, sus progenitores y sus antepasados, a cuya nobleza es bello corresponder, o a cuya oscuridad es bello aportar una luz.

Aquí son oportunos los oráculos, y las respuestas divinas, de las cuales pueden gloriarse Isaac, Jacob, Juan el Bautista, y muchos otros santísimos varones, [cuyo nacimiento] solicitaron de Dios sus padres con plegarias asiduas, y de los cuales se dijeron muchas cosas preclaras antes que nacieran; este tema lo trata relevantemente San Buenaventura, alabando al seráfico padre Francisco. Dice que Francisco, quien tiene su origen en la ciudad de Asís, de la región del valle de Espoleto, primero fue llamado Juan por su madre, y luego Francisco por su padre. Aunque retuvo el nombre de la apelación paterna, no obstante, no abandonó el contenido del nombre materno. Porque, aunque en medio de vanos hijos de los hombres fue nutrido en su edad juvenil en cosas vanas y, luego de algún conocimiento de las letras, fue destinado¹ a los lucrativos negocios de las mercaderías.

No obstante, siendo apoyado por el auxilio superior, si entre los jóvenes lasci-

¹ Propongo *deputatus*, en vez de *deputata*. [T.]

vos fue² tras el desenfreno de la carne, ni entre los codiciosos mercaderes esperó en el dinero y en los tesoros. Esto [lo tuvo] tanto del suelo patrio como de la educación de sus progenitores hasta que, al extenderse la mano del Señor sobre él, fue iluminado interiormente³ con la unción del santo espíritu. En el tiempo en que vivió, Francisco, el varón de Dios, insigne en el seguimiento⁴ de Jesús crucificado, desde los principios de su conversión, con tanta rigidez de disciplina crucificaba su carne al mismo tiempo que los vicios, y refrenaba los movimientos sensuales con tan estricta ley de modestia, que apenas tomaba las cosas necesarias para el sustento de la naturaleza.⁵

Entre otras cosas, [del tiempo] en que alcanzó la muerte, dice así: Reclinado⁶ así en la tierra, y desnudado en el polvo como atleta, cubrió con la mano izquierda la herida de su costado derecho para que no fuera vista y, elevando al cielo el rostro sereno del modo que solía, todo concentrado en aquella gloria comenzó a glorificar al Altísimo porque, expedito de todo, ya se trasladaba libre hacia él.

Finalmente, aproximándose ya la hora de su tránsito, hizo llamar hacia él a todos los hermanos existentes en el lugar y, cautivándolos con palabras consoladoras respecto a su muerte, con paterno afecto los exhortó al amor divino. Y dejando y legando a ellos la posesión de la pobreza y la sucesión hereditaria de la paz, vigilantemente los amonestó para que se orientaran a las cosas eternas, y se pertrecharan contra los peligros de este mundo; y con toda la eficacia de expresión que pudo, los indujo a que siguieran perfectamente las huellas de Jesús crucificado. Y estando sentados en derredor los hijos ante el patriarca de los pobres, cuyos ojos ya se habían sumido en tinieblas, no por la vejez, sino por las lágrimas, el santo varón, ya ciego⁷ y próximo a la muerte, extendió sobre ellos sus manos a modo de cruz con los brazos entrecruzados, puesto que siempre amaba este signo, y bendijo a todos los hermanos, tanto presentes como ausentes, en la virtud y el nombre del Crucificado. Y muchas otras cosas que en la leyenda podrás ver.

II. SE PROPONEN EJEMPLOS SUCINTOS DE ESTE GÉNERO

TAMBIÉN para confirmación de uno de los dos géneros que se acaban de indicar, he juzgado oportuno aducir los siguientes ejemplos laudatorios tomados de la historia. Entre los hechos esforzados que se atribuyen a Julio César, me parece que el más notable y el que me causa mayor admiración de todos es que haya tenido él un espíritu tan grande, que pensase poder alcanzar el imperio de todo el orbe de la Tierra y de toda la República romana; y que como lo podía pensar lo haya puesto en efecto y realizado. Pues llegó a gobernar la República [romana], que era la cabeza de todas las demás, y todo aquello que la República había producido para sí durante el espacio de 700 años seguidos.

Sirva lo siguiente también como ejemplo de narración de cosas admirables y que suceden con frecuencia. Así, al hablar de la provincia de los chichimecas hay que decir que es tan rica en plata, que ella sola proporciona todo cuanto se lleva a España de riquezas; que engendra hombres tan robustos y tan ágiles que no sólo ellos sino también las mujeres cargan sobre los hombros fardos doblemente mayores que los nuestros y los llevan recorriendo un camino mucho más

² En *Errata* se cambió *absit* a *abiit*. [T.]

³ En *Errata* se cambió *quatenus* a *interius*. [T.]

⁴ El autor inventó el sustantivo *sectatus*, *-us*, a partir del adjetivo clásico *sectatus*, *-a*, *-um*, del verbo *sector*. [T.]

⁵ En *Errata* se señala que sobra la palabra *Ecclesiae*. [T.]

⁶ En *Errata* se cambió *recumbam* a *recumbans*. [T.]

⁷ En el texto falta la *c* inicial de *caecutiens*. [T.]

largo. Además, que son los hombres tan belicosos, y de pechos tan animosos, que estando con sus cuerpos desnudos, y armados sólo con arco y flecha, se atreven a hacer frente a soldados bien adiestrados y bien pertrechados de armadura, y acometen con una rapidez propia de ciervos.

En ocasiones exigimos algo seriamente, como cuando se dice: Debo salir de esta ciudad;⁸ por una parte —lo cual es lo primero de todo— porque por muchas causas no se puede atender a la tranquilidad del alma, perturbada la cual es imposible disfrutar de Dios; pues ora los padres, ora los amigos, ora los conocidos son importunos; en tanto que nosotros somos tan compasivos de alma, que no podemos menos que recibir pesar de las adversidades de ellos. Las cosas que a los presentes siempre los ponen mal, en cambio a los ausentes y muy alejados los angustian menos.

O bien somos consolados o persuadimos, lo cual es propio del género deliberativo. Otras veces es necesario reprender, acusar, convencer, censurar o purificar a una persona o cosa; lo cual pertenece al género judicial.

Los antiguos agrupaban así excelentemente la distinción de estas causas: La tarea del orador se desenvuelve, o en el juicio, o fuera del juicio. Pero el forense es un género oratorio sencillo, y abarca la postulación, la respuesta, la acusación o la defensa. En cambio, el extrajudicial corresponde, o al tiempo pasado o al futuro; lo pasado lo alabamos o vituperamos, y sobre lo futuro consultamos y deliberamos.

III. SE EXPLICA QUÉ ES EL GÉNERO DEMOSTRATIVO

EL GÉNERO demostrativo es aquel por el cual los ánimos de los oyentes son tratados con delectación, amenidad, placer y suavidad. Y se le define de este modo: género demostrativo es el que se aplica en alabanza o vituperio de alguna persona determinada.

Este género lo han usado con mucha frecuencia los sagrados Doctores en el encomio de los santos, a fin de excitar a los pueblos a su imitación; y cuando vituperaban a los tiranos como ministros del diablo y como hombres perversos, según leemos que lo hizo el teólogo elocuentísimo y Demóstenes cristiano que fue Gregorio Nacianceno, en sus discursos contra Juliano. De lo cual se percibe suficientemente su relevancia sobre las demás causas, porque representa la perfección, la imperfección, las especies de las virtudes y la deformidad de los vicios, en tanto que establece una comparación entre los bienes y los males.

Y es un género dilatado y vario, puesto que es el utilizado para loar a los varones preclaros y para vituperar a los ímprobos, torpes e infames; y lo hace enumerando las acciones buenas o malas, los hechos insignes, los actos memorables, las virtudes o las torpezas, con el examen de las circunstancias, de la persona, del tiempo y del lugar, por una de las tres antedichas razones.

Además es utilizado para alabanza o vituperio de las cosas mismas, como cuando se tuviera el propósito de expulsar o arrancar los ritos o costumbres de alguna nación. Por ejemplo, si alguien tiene el plan de acusar a los indios

⁸ Sería mejor *hac civitate* que *hanc civitatem*. [T.]

de infidelidad. A fin de realizar esta tarea, debemos advertir que no todas las cosas se pueden narrar tan evidente y claramente como lo desea el que trata de ellas, o como las tiene concebidas en la mente. Con más razón si se esfuerza por ser breve. Por ese motivo, para evitar confusión y para complacer a aquellos que no han presenciado las cosas, me ha parecido oportuno anteponer cierta advertencia que sirva para percibir más rectamente los asuntos de los indios que luego explicaremos, así como todos sus ritos.

IV. INSTRUCCIÓN: PARA VENIR EN MÁS CLARO CONOCIMIENTO DE LAS COSAS DE LAS INDIAS, DE LAS CUALES SE TRATA AQUÍ A MODO DE EJEMPLO

PUESTO que entre todos los acontecimientos y empresas de los cristianos, desde que Dios creó el mundo universo, no hay otro alguno tan digno de eterna memoria y en el que Su Majestad haya manifestado tanta clemencia como la conversión, pacificación y sujeción de las nuevas tierras en Nueva España, me he determinado a insertar en este lugar una narración de las costumbres y de las ceremonias [de los indios], para que así, por los efectos, se venga en más claro conocimiento de las causas.

Es, pues, de saberse que los naturales de esas partes usaban de varios y diversos ritos en los sacrificios y en el culto que rendían a los demonios y a los ídolos. Y consiste tal diversidad en la variedad de las cosas que adoraban, conviniendo todos sin embargo en el género de culto y de reverencia que les tributaban.

Construían templos dignos de admiración por lo que en ellos gastaban y por el arte con que los fabricaban. Los cuales hacíanse, por lo general, aplanados y bruñidos; estando tan sólidos y firmes tanto en el interior como en el exterior, que aún hoy día llenan de admiración a cuantos los contemplan.

En la misma traza de la construcción y en su variedad y cimentación no aparecía ninguna juntura ni comisura. Eran los cimientos muy fuertes y de piedras lisas y simétricas, labradas con mucha igualdad y primor. Se guardaba tal proporción entre cada una de las diversas series de piedras, que empezaban al principio poniendo piedras enormes, y según ascendían en la construcción las iban poniendo más y más pequeñas; y todo esto muy a plomo y siguiendo la vertical. Y así, las partes más altas venían a terminar en menudas piedrezuelas, de modo que la pequeñez de éstas, en edificios tan amplios y sobrios, pasma a todos grandemente.

Con el empleo de estas piedras a las que, por su variedad, llaman los españoles piedras locas y los indios tezontles, se ejecutan en los pavimentos ciertos trabajos de laberinto y ondulado. Si estos tezontles se unen con cal, quedan tan firmemente unidos que parecen rocas y ni con cinceles, ni con otra alguna herramienta, se pueden desunir ni resquebrajar o agujerar.

De estos tezontles están hoy construidas las moradas de los españoles, así como lo estuvieron antiguamente los palacios que los principales de los indios tenían en el tiempo de su gentilidad, y aunque la mayoría de las otras casas estaban construidas de ladrillos, no cocidos sino endurecidos al sol [adobes], con todo, ostentaban sobre los cimientos, a la altura de un codo, piedras bien labradas.

Las casas de los españoles son en la actualidad suntuosísimas, muy es-

pléndidas, y cómodas en sumo grado; están hechas con buena arquitectura, a plomado sin contrafuertes. Están techadas con losas o terrados por razón de las lluvias y por la escasez que hay de tejas; y están estos techos de tal manera emparejados que se puede llegar por ellos hasta el extremo de la plaza, lo cual da grande ornato y elegancia de la ciudad de México.

Los templos están frecuentemente colocados en montículos hechos por ellos mismos y tienen una forma semejante a las pirámides de Egipto. Los españoles llaman a esos templos *cues*. Estaban rodeados de muros muy elegantes y cerrados por medio de cancelas y celosías. Se llegaba a ellos por medio de artificiosas escalinatas adornadas de muy diversas maneras.

Estos templos tenían, además, patios y pórticos de gran magnificencia, así como espléndidas habitaciones para los sacerdotes de los ídolos, y otras destinadas a guardar las ofrendas de los dioses. Estos salones y sus techos eran negros y de color de púrpura oscura por el humo de la resina de abeto [ocote] que se usaba en lugar de candelas y cirios. Aunque no se tenían chimeneas, se conservaba constantemente el fuego en medio del recinto, no tanto por necesidad cuanto por ornato.

Embellécian esos templos, jardines, amenas fuentes, baños termales, albercas y verdes huertos deliciosos por sus flores y sus árboles, pues tienen flores de exquisita y variada fragancia. Plantaban en esos huertos, con grande cuidado, árboles muy anchos y frondosos; tanto así, que bajo la sombra de uno de esos árboles podían estar mil hombres sentados, a la manera que acostumbran los indios. Y aunque este árbol es estéril y no lleva fruto ninguno, es sin embargo tan estimado que frecuentemente se toma como punto de partida para apreciar los árboles de mayor valor. Los indios le llaman *ahuehuetl* y los españoles "árbol del paraíso"; pero a mí me parece que el *ahuehuetl* y el árbol del paraíso no son de una misma especie. Todo el año están verdes, son muy semejantes al plátano, y sin embargo no son completamente de la misma naturaleza, como lo explicaremos en el catálogo de las variadas cosas procedentes del Nuevo Mundo.

Los pontífices dedicados al culto de los templos residían en ellos. Adosados a los muros del templo se habían construido asientos modestos y bajos; y había también allí sillas plegadizas, con sus respaldos, todo hecho de junco [tule] y pintados de diversos colores, pues saben teñir los juncos con variados colores. Tienen, además, otras sillas de madera, pintadas de mil maneras, y con figuras de árboles y aves. Y mantenían todos estos sitios muy limpios, como lugares destinados para sus bailes y danzas.

V. DEL MODO QUE OBSERVABAN LOS INDIOS EN DIRIGIR SUS DANZAS Y BAILES

Todos bailaban en esos bailes con agilidad y donosura, como después diremos. Los nobles iban cubiertos con vestidos cortos y ajustados, hechos de paño grueso, adornados de flores y tejidos con mucho arte, con los cuales se ceñían por razón de honestidad. En su confección se ocupaban las mujeres con mucha industria, y tejían largas cintas del mismo paño o de plumas de aves, y (cosas dignas de ser vistas y admiradas) usaban brazaletes de oro y plata recubiertos de piedras raras o de plumas preciosísimas. El pueblo se adornaba con disfra-

ces hechos de plumas, de papel o de pieles de animales, con las que se cubrían todo el cuerpo. Eran sin embargo más afectos a que hubiese gran número de gente, que a guardar compostura y decencia. Son esos bailes muy dignos de mención, ya que siendo tanta la gente reunida, sin embargo todos cantaban y bailaban siguiendo a un tiempo los ritmos y sones y no eran obstáculo alguno los diversos cambios de son. Por lo cual el muy invicto emperador Carlos V, como oyese referir de palabra el número de danzantes y la igualdad que guardaban en los cambios de ritmo, no pudo persuadirse de ello hasta hacerse en su presencia una demostración en Valladolid, a la cual estuvo presente él mismo por toda una tarde⁹ en compañía de sus nobles y privados principales.

Antes de recibir la fe cristiana, acostumbraban introducirse también las mujeres, mas después de la conversión ni aun por sueño harían eso mismo.

VI. DE LOS ADORNOS DE LOS TEMPLOS EN LAS INDIAS

ERAN en tanto grado solícitos del adorno de los templos, que los decoraban con piedras preciosas, y con tapices que representaban animales en variados colores, y cubrían las paredes de preciosos tejidos. Los adornaban, además, con variadas plumas de aves, y también con gran cantidad de plata y oro; con lo cual cargaban principalmente al mismo ídolo. Las más de las veces fabricaban estos ídolos de madera; y los hacían de una muy grande estatura como si fuesen gigantes. Otros los construían de piedra; pero sin guardar más semejanza con las estatuas de los romanos, que la grandísima altura.

Hacían algunas veces imagencitas a manera de iconos o alhajas, y esculpían varias de estas imágenes pequeñas en piedras preciosas. Mas aquellas otras las hacían de gran tamaño y de las rocas ordinarias, las cuales hacían huecas en el interior para que por medio de ellas se transmitiesen los oráculos del falso sacerdote.

Adornaban, además, las imágenes, y en muchos puntos con perlas de unión, y las rodeaban de collares que habían sido esculpidos en los mismos cuerpos. Las recubrían después de oro derretido, y con el mismo material grababan aves, serpientes, animales, peces y flores de mosaico como las que hacen en Córcega; e insertaban esmeraldas, ónices, amatistas y otras inestimables piedras preciosas de diminuto tamaño, con las que fabricaban obras finísimas en que sobresalían por doquier las perlas y otros inestimables ornatos.

Como ya dijimos, las mansiones de esos ídolos eran los templos principales, y dentro de ellos se encontraban estancias apartadas como capillas más secretas. En el mayor de estos santuarios interiores hallábase una gran mesa cuadrada y resplandeciente, parecida a las mesas de piedra que aún se conservan en los monumentos de los romanos, pero de un solo color, cuyos lados medían cada uno tres codos de longitud. En cada uno de sus ángulos tenían un espesor de tres codos, más o menos, y eran sostenidos por cuatro animales a manera de columnitas. Se subía hasta estas mesas por una escalinata de veinte escalones, cuyo número sin embargo podía ser mayor o menor. Cada una de estas escaleras correspondía a cada uno de los cuatro lados de la mesa.

En cada uno de los ángulos de la mesa estaba puesto un incensario, de manera que fuesen cuatro en número; y estaban arreglados conforme a la traza del

⁹ En Errata se indica *pomeridiano* en vez de *pro...* [T.]

templo, porque no todos los templos guardaban una misma estructura. Algunas de sus partes eran de plata, otras de oro y piedras preciosas muy raras y de mucho valor, como son las esmeraldas, jaspes, sardonias y otras del mismo género. Los incensarios hechos de piedras preciosas eran elaborados con sumo arte, de manera que no se mezclase en ellos nada de oro, ni de plata, ni de cualquier otro metal.

Cada uno depositaba sus ofrendas sobre las mesas y escalinatas, según sus propios recursos, a saber: oro, plata, tapices, aves, manjares, o alguna otra cosa que suministraran de sus tesoros. Los hombres que debían ser sacrificados, o se ponían de pie voluntariamente, y eran los que se habían ofrecido, según ellos lo imaginaban, por el bienestar público, o eran elegidos echando suerte; o bien los ídolos manifestaban su preferencia por alguno, conforme al afecto o malevolencia de los sumos sacerdotes; o, en fin, eran arrastrados contra su voluntad; como cuando se trataba de inmolar a los hechos prisioneros al enemigo, en las guerras en que se destrozaban unos a otros.

VII. DE LA MUCHEDUMBRE DE DIOSSES MEXICANOS Y DE LA COSTUMBRE DE INMOLAR HOMBRES

PARA que se ponga más de manifiesto la ferocidad y la infeliz ceguera de esos bárbaros, y la esclavitud a la cual estaban encadenados, por causa de sus grandes pecados, me ha parecido oportuno referir, en este lugar, la muchedumbre de sus dioses, a los que tributaban culto.

Afirman los mexicanos que había dos mil dioses, que estaban hechos, los más de ellos, de madera, piedra o barro (como ya queda dicho), de los cuales unos eran macizos y otros huecos por dentro. En los huecos se ocultaban los sacerdotes que emitían los oráculos, engañando de este modo al vulgo ignorante.

Tenían dimensiones casi gigantescas en su base y en su altura; estaban colocados en la parte derecha de los templos y en nichos encerrados en las mismas paredes, como los altares principales de los cristianos. Su altura era igual a la extensión de la mesa del ídolo, en la cual tenían lugar los sacrificios, habiendo tan sólo entre el ídolo y la mesa el espacio que ocupaban las escalinatas. Este ídolo exigía se le ofreciesen víctimas humanas y en el templo se satisfacían sus deseos. Aquellos que eran designados por el oráculo o por la suerte, eran conducidos en medio de solemnes ceremonias y gran aparato, y las más de las veces eran coronados (mayormente si se ofrecían por el bien común). Tan pronto como llegaban al altar eran sacrificados, en medio de danzas y músicas muy delicadas. Eran colocados sobre la mesa antedicha, y entonces se les arrancaba primeramente el corazón, tras abrirles el pecho con navajas y cuchillos de piedra. Una vez ejecutado esto, ofrecían el corazón al ídolo, ya sea introduciéndoselo en la boca, por medio de cucharas de piedras preciosísimas hechas para este fin, o ya lo depositaban en sus manos. A veces, sin embargo, lo colocaban delante del ídolo en una bandeja rociando las paredes del templo con la sangre humana. El cuerpo ya sin vida era arrojado por las mismas gradas; y, recogido por los amigos, era sepultado en los atrios que se tenían desti-

nados al efecto. Mas si era de linaje bastante noble lo incineraban con grandes ceremonias.

Estaba tan arraigada esta clase de sacrificios, tanto de entre ellos mismos como de los vencidos, que todo aquel designado para el sacrificio no podía encontrar manera de eludirlo. En algunas ocasiones, cuando celebraban lo que tenían como aniversarios sagrados, llegaban a sacrificar quince o veinte mil hombres.

Yo mismo supe, de boca de ciertos indios ancianos, que en el templo de Tetzcutzingo, que dista media milla de Texcoco, se habían inmolado años atrás, en un solemne sacrificio, setenta y seis mil hombres, hechos prisioneros en la guerra contra los tlaxcaltecas (espectáculo que ciertamente es digno de lamentarse y deplorarse); el cual templo era el más famoso de todos, cuyas ruinas aún pueden verse en el presente. Mas esta ferocidad, propia de animales, ha sido ya trocada en mejor condición por la bondad divina, gracias a fray Martín de Valencia y a once padres que le acompañaban, los cuales, como doce lumbreras, a semejanza de los doce apóstoles, fueron los primeros de nuestra orden franciscana que marcharon a ese Nuevo Mundo para establecer la nueva Iglesia; y gracias también a los varones religiosos de la Orden de Santo Domingo y San Agustín que después les siguieron, y que, por el favor de la Omnipotencia Divina, han llevado a cabo, con la probidad de vida y costumbres, obras admirables que al presente todavía realizan. Pues convirtieron y todavía convierten, como después expondremos, una muchedumbre innumerable, desarraigando el culto del demonio y los homicidios y sacrificios, tan horrendos, como nunca han sido vistos y oídos ejemplos parecidos en ninguna otra nación, que se llevaban a efecto entre estos bárbaros. Y predicaban anunciándoles [a los indios] la doctrina cristiana ortodoxa con grande suavidad y dulzura.

Aunque a los principios echaban mano de intérpretes, lograron, sin embargo, con el favor divino, poder hablar en breve tiempo la lengua de los mismos indígenas, principalmente la mexicana, más culta que las otras, y con tal perfección, que aun llegaron a escribir libros en ese idioma y a formar diccionarios, los cuales sirviesen de ayuda a los venideros en sus trabajos. Pues nos parecía más fácil que nosotros entendiésemos su lengua que no ellos la nuestra. Quedaron grandemente asombrados los indios al ver la prontitud y facilidad con que se expresaban unos extraños en su lengua nativa, y creían ser esto algo divino, pues, ¿cómo podrían lograr tal cosa unos extranjeros sin que interviniese algo prodigioso y milagroso?

La prueba de todo lo arriba dicho hállase contenida en el siguiente dibujo.

VIII. EJEMPLO DE UNA EXHORTACIÓN A LOS INDIOS PARA QUE ABANDONARAN SUS RITOS Y COSTUMBRES Y PARA QUE ABRAZASEN NUESTRA FE CATÓLICA

HUOS, enseñándonos la misma realidad de las cosas que no hay bienes ni riquezas que se puedan anteponer a nuestra propia libertad, puesto que ninguna otra cosa consideran no sólo los hombres sino aun las bestias, como la más

TIPVS SACRIFICIORVM QVE IN MANITR INDI FACIEBANT IN NOVO INDIARVM ORBE PRICIPVE IN MEXICO

